

alfonsinos, amadeístas, ó liberales! ¡Si! Yo os doy las gracias desde el fondo del alma, en nombre de todos los italianos que han viajado ó viajarán por vuestro querido país, y juro, por el libro eterno de Miguel Cervantes, que siempre que oiga acusaros de ánimo feroz ó de costumbres salvajes por vuestros archicivilizados hermanos europeos, saldré en vuestra defensa con el ímpetu de un andaluz ó la tenacidad de un catalán, gritando con toda la fuerza de mis pulmones: ¡Viva la hospitalidad!

Pocas horas después me hallaba en un vagón del tren de Madrid, y aun duraba el silbido de la locomotora, cuando me di una palmada en la frente. ¡Ay de mí! era tarde. ¡Me había olvidado de visitar en Valladolid la casa donde murió Cristóbal Colón.

IV

MADRID

Era ya de día, cuando uno de mis compañeros de viaje me gritó al oído:

—¡Caballero!

—¿Nos hallamos ya en Madrid?—le pregunté, despertando.

—Todavía no—me contestó;—pero mire usted.

Miré hacia la campiña, y vi, como á media milla de distancia, en la falda de un monte, el monasterio del Escorial, iluminado por los primeros rayos del sol.

Le plus grand tas de granit qui existe sur la terre, como ha dicho un viajero ilustre, no me pareció, á primera vista, el inmenso edificio que el pueblo español considera como la octava maravilla del mundo.

No obstante lancé un: «¡Oh!» como los demás viajeros que por primera vez lo veían, reservando toda mi admiración para el día en que le viera con toda calma y sosiego.

Del Escorial á Madrid el ferrocarril atraviesa una árida llanura, que recuerda la de Roma.

—¿Usted no ha estado en Madrid?—me preguntó mi vecino.

Le contesté que no.

—¡Parece imposible!—replicó el buen español, mirándome con aire de curiosidad como dicién-

do:—¡Ahí tienen ustedes á un hombre que no ha estado nunca en Madrid!

Después, empezó á decirme las grandes cosas que vería: ¡qué paseos! ¡qué cafés! ¡qué teatros! ¡qué mujeres! Para el que tenga cien mil francos de renta, no hay nada como Madrid; es un gran monstruo que devora las más grandes fortunas, los capitales más inmensos.

—De vivir allí, quisiera darme el gusto de ver cómo devoraba el mío.—Estreché con la mano mi escuálido porta-monedas, murmurando: ¡Pobre monstruo!

—¡Hemos llegado!—gritó el español.

—¡Mire usted!

Saqué la cabeza por la portezuela.

—Aquello que allí se vé es el Palacio Real.

Y en efecto, vi sobre una altura una mole inmensa; pero cerré en seguida los ojos, porque el sol me daba de lleno en la cara.

Todos se levantaron, y empezó la acostumbrada confusión.

«*Di pastrini, di scialli é d'altri cenci*», que impide casi siempre la primera vista de las ciudades.

Paró el tren; bajé y me encontré en una plaza llena de coches, entre una numerosa turba. Cien manos se extendieron para cogerme el equipaje, y cien bocas murmuraron en mis oídos, que aquello era realmente un infierno de faquines, carruajes, «cicerones», dependientes de «casas de huéspedes», guardias y muchachos. Abríme paso á fuerza de puños, me metí en un «ómnibus» lleno de gente, y en marcha. Se sube por un pasadizo, se atraviesa una gran plaza, se enfila á una calle larga y derecha, y se llega á la «Puerta del Sol».

¡El golpe de vista es soberbio! Es una plaza semi-circular, rodeada de altos edificios, en la cual desembocan como otros tantos torrentes, diez grandes calles; en cada calle reina un rumor incesante de pueblo y carruajes. Todo cuanto se ve es proporcionado á la grandiosidad del sitio. Las aceras son anchas como vías, los cafés grandes como

plazas, y una fuente con un pilón grande como un lago. En todas partes una muchedumbre compacta y movediza, un ruido que ensordece y un no sé qué alegre y festivo en los semblantes, en los gestos y en los colores, que hace que no os parezcan extranjeros ni los hombres, ni la ciudad, dándoos tentaciones de confundiros en aquel estrépito, saludar á todos, correr de un lado para otro, como si se tratara, no de un pueblo desconocido, sino de gentes y cosas conocidas de antemano.

El coche me dejó en una fonda; pero me eché en seguida á la calle caminando sin rumbo fijo.

No hay en Madrid grandes palacios, ni antiguos monumentos artísticos; pero sí anchas y espaciosas calles, limpias, alegres, con casas pintadas de vivos colores, cortadas por plazas de mil diversas formas, trazadas casi al azar, y en cada plaza un jardín, una fuente y una estatua.

Algunas calles forman pendientes, de modo que al entrar en ellas, se ve el cielo en el fondo, como si fueran á desembocar en campo abierto; pero cuando llegáis al punto más elevado, se abre á vuestros ojos otra calle larguísima.

A cada instante os halláis con una encrucijada de cinco, seis y hasta ocho vías con un continuo movimiento de carruajes y de gente. Las paredes, cubiertas á grandes trechos por los carteles de los teatros; en las tiendas, un incesante entrar y salir; atestados los cafés, y en todas partes la animación y la vida de una gran ciudad.

La calle de Alcalá, anchísima que casi parece una plaza rectangular, divide á Madrid por el centro; de la «Puerta del Sol» hacia oriente desemboca en una vasta llanura que se extiende á lo largo de todo un lado de la villa, con jardines, paseos, plazas, teatros, plaza de toros, arcos de triunfo, museos, pequeños palacios y fuentes.

Me introduje en un coche, y le dije al cochero:

—¡Vuela!

Pasé por cerca de la estatua de Murillo, remon-té la calle de Alcalá, enfilé la del Turco, donde fué

CAPILLA ALFONSO
1845

asesinado el general Prim; atravesé la plaza de las Cortes, en la cual se levanta la mezquina estatua de Cervantes; llegué á la plaza Mayor, teatro de los horrores de la Inquisición; volví atrás y pasé por delante de la casa de Lope de Vega; llegué á la anchísima plaza de Oriente, frente al Palacio Real, donde se ve la estatua de Felipe IV, en el centro de un jardín rodeado de cuarenta estatuas colosales; dirigíme luego hacia el centro, atravesando otras calles anchas, alegres plazas y encrucijadas llenas de gente, y encontréme por último en la fonda diciéndome:

«Madrid es grande, alegre, rico, populoso y simpático, y quiero verle por completo y gozarle á mis anchas hasta donde me lo permitan los balances de la caja y lo adelantado de la estación».

*

A los pocos días un buen amigo me encontró una «Casa de huéspedes» en la cual me instalé. Las tales casas no son más que familias que dan de comer y dormir á estudiantes, artistas y forasteros, á precios que varían, se entiende, según se duerme y según se come; pero siempre á precios más baratos que en las fondas, con la inmensa ventaja de que en tales casas se respira como un aire de familia, se estrechan amistades, y el trato es mucho más cordial y cariñoso.

Era la patrona una buena señora de unos cincuenta años, viuda de un pintor que había estudiado en Roma, Florencia y Nápoles, y conservado toda su vida un grato y afectuoso recuerdo de Italia. Ella misma sentía por nuestro país una vivísima simpatía, y en verdad, que me la demostró asistiendo todos los días á mi comida para contarme la vida, muerte y milagros de sus parientes y de todos sus amigos, como si en Madrid no tuviera más confidente que yo.

A pocos españoles he oído hablar de una manera tan franca, tan expedita, con tanta abundancia de frases, de modismos, de comparaciones y

proverbios. Los primeros días quedé desconcertado, pues con dificultad la comprendía, y á cada momento me veía obligado á suplicarla que me repitiera lo dicho, sin que por esto lograra siempre hacerme entender. Entonces caí en la cuenta de que estudiando el idioma en libros, había perdido el tiempo llenándome la cabeza de frases y vocablos que casi nunca se emplean en la conversación ordinaria, mientras que no había fijado la atención en otros muchos que son indispensables. Debía por lo tanto, empezar á recoger, á tomar notas, y sobre todo, á estar siempre con el oído atento para sacar provecho, en cuanto me era dable, de los discursos de la gente. Y me persuadí de esta verdad: se puede permanecer diez años, treinta, cuarenta en una ciudad extranjera; pero si desde el principio no se hace un esfuerzo, si no se estudia siempre, si no se está á cada momento con los ojos abiertos—como decía Giusti,—ó no se aprenderá nunca el idioma, ó se hablará siempre mal.

Conocí en Madrid á algunos italianos viejos que se hallaban en España desde niños, y que hablaban un español detestable. Porque la verdad es, que la española no es una lengua fácil ni aun para nosotros los italianos, ó mejor dicho, nos presenta las grandes dificultades de las lenguas fáciles, además no tenemos el derecho de destrozarla, puesto que no nos es necesario expresarnos en ella para hacernos entender de los españoles.

Al italiano que quiera hablar español entre gente culta, cuando le entendería todo el mundo si hablase francés, le es necesario justificar su atrevimiento, hablando con galanura y seguridad. El idioma español, por lo mismo que tiene con el nuestro más puntos de contacto que el francés, se nos resiste mucho más á ser hablado con facilidad, ó mejor dicho, de oído, sin incurrir en despropósitos. Así se dice mucho más fácilmente «propre, mortuaire, délice», sin que se os escape pronunciar «propio, mortuario, delizia», que decir sin equivocarse «propio, mortuorio, delicia».

Se va uno con suma facilidad y sin advertirlo, al italiano: se invierte el orden gramatical á cada instante, y siempre se tiene el idioma propio en los labios y en el oído, de tal modo que os embaraza, os confunde y acaba por hacerlos traición.

Ni es menos dura que la francesa la pronunciación española; la «jota» árabe, tan fácil de pronunciar cuando se presenta sola, es difícilísima cuando en una sola palabra se encuentran dos, ó muchas en una oración; la «zeta», que se debe pronunciar como pronuncian la «esse» los que «cecean», requiere un ejercicio largo y paciente, porque tiene un sonido desagradable, y muchos son los que, aun pudiendo, no quieren acostumbrarse á ello.

Si hay una ciudad en Europa donde pueda aprenderse bien la lengua del país, esta ciudad es Madrid seguramente, lo mismo que Toledo, Valladolid y Burgos. El pueblo habla como los literatos escriben, y las diferencias de pronunciación entre las personas cultas y la plebe de los arrabales son ligerísimas. Y aun dejando á un lado aquellas cuatro ciudades, la lengua española es incomparablemente mejor hablada, más común y por lo mismo más determinada, y en consecuencia, más eficaz en los diarios, en el teatro y en la literatura popular que la lengua italiana.

Existen en España los dialectos valenciano, catalán, gallego, murciano y la antiquísima lengua de las provincias vascongadas; pero se habla en español en las dos Castillas, en Aragón, en Extremadura, en Andalucía, esto es, en cinco grandes provincias. La frase que gusta en Zaragoza, gusta también en Sevilla; el chiste que arranca aplausos en un teatro de Salamanca, obtiene igual efecto en un teatro de Granada.

Algunos dicen que la lengua española de nuestros días no es la misma de Cervantes, Quevedo y Lope de Vega, que la lengua francesa la ha bastardeado, que si viviera Carlos V, no diría ahora que es el idioma para hablar con Dios, y que Sancho Panza ni gustaría, ni sería comprendido,

El que haya pasado algunos ratos en los figones y en los teatruchos de los arrabales no puede aceptar semejante afirmación.

Pasando de la lengua al paladar, fuéme necesario no pequeño esfuerzo para acostumbrarme á ciertos guisos y salsas de la cocina española; pero al fin me acostumbré. Los franceses, que en punto á comer son exigentes como niños mal educados, ponen el grito en el cielo. Dumas dice que en España ha padecido hambre; en un libro sobre España que tengo á la vista, se dice que los españoles sólo se alimentan con miel, setas, huevos y caracoles; pero todo ello es falso. Ellos pueden decir lo mismo de nuestra cocina. He conocido españoles, cuyo estómago se revolvió al ver comer macarrones en salsa. Abusan, si se quiere, de las grasas; condimentan, quizás, demasiado fuerte; pero pueden, no obstante satisfacer el apetito de Alejandro Dumas.

Entre otras cosas, son maestros en los platos dulces. Su «puchero», es el plato nacional que se come todos los días y en todas las casas. A mí me gustaba tanto, que lo devoraba con una voracidad «rosiniana». El «puchero» es, respecto al arte culinario, lo que la antología respecto á la literatura: un poco de todo y de lo mejor. Un buen pedazo de carne de vaca forma como el núcleo del plato; las alas de un pollo, un pedazo de «chorizo», tocino, legumbres, jamón alrededor y «garbanzos» por encima, por debajo y por todos lados. Las gentes de paladar pronuncian con reverencia la palabra «garbanzos». Y son realmente tales; pero más grandes, más blandos, más sabrosos; garbanzos, como diría un aficionado á la hipérbole, caídos de un mundo desconocido, en el cual una vegetación igual á la nuestra fuera fecundada por un sol mucho más potente. Ese es el «puchero» común, que cada familia modifica según el estado de su haber; el pobre se contenta con la carne y los «garbanzos», mientras el rico le añade mil detalles exquisitos. En el fondo, es más una comida que un plato, y muchos son los que

no comen otra cosa. Un buen «puchero» y una botella de «Valdepeñas» bastan para alimentar á cualquiera. No hablo de las naranjas, de las uvas de Málaga, de los espárragos, de las alcachofas y de otras mil legumbres y frutas, pues sabido es que en España son riquísimas.

Los españoles comen poco: será que en su cocina predomina el pimiento, las salsas fuertes y la carne salada; será que comen «chorizos», como dicen ellos, «que levantan las piedras», ó lo que es lo mismo que queman los intestinos; pero lo cierto es, repito, que comen poco y beben menos. Después de la fruta, en vez de apurar una buena botella, prefieren una taza de café con leche, y casi nunca beben vino por la mañana.

En la mesa de una fonda, jamás he visto á un español apurar una botella; á mí, porque la apuraba, me miraban con sorpresa como si fuera un borracho escandaloso. Es raro en las ciudades de España, ni aun en los días de fiesta, encontrar un beodo por las calles; y por ello seguramente, á pesar de la fogosa sangre de aquellas gentes, y el libre comercio de navajas y puñales, son más raros de lo que se cree fuera de España, los desafíos y asesinatos.

Después de haber encontrado ya la casa y la cocina, no me quedó más trabajo que rondar por la ciudad, con la «Guía» en el bolsillo y el cigarro «de tres cuartos» en la boca.

«...mestier facile é piano».

Los primeros días no sabía alejarme de la «Puerta del Sol»; allí permanecía horas y horas, y me gustaba tanto, que hubiera querido estar todo el día en aquella plaza. Y en verdad que es digna de su fama, no tanto por su grandiosidad y su belleza, como por la gente, por la vida, por la variedad del espectáculo que presenta á todas horas del día.

No es una plaza como las demás; es á la vez un salón, un paseo, un teatro, una academia, un jardín, una plaza de armas, un mercado. Desde que apunta el día, hasta después de la media noche,

hay allí una turba inmóvil y una muchedumbre que va y viene por las diez grandes calles que á la plaza afluyen, con tal movimiento de coches que aturde y marea.

Allí se encuentran los negociantes, los demagogos desocupados, los empleados cesantes, los viejos rentistas, los jóvenes elegantes; allí se trafica, se habla de política, se hace el amor, se pasea, se leen los diarios, se caza á los deudores, se buscan los amigos, se preparan las manifestaciones contra el ministerio, se inventan las noticias falsas que dan la vuelta á España, y se comenta la crónica escandalosa de la ciudad.

Por las aceras, que son tan anchas que podrían pasar por ellas cuatro coches de frente, es necesario abrirse paso á la fuerza. En el espacio que abarca una losa, veréis un guardia civil, un vendedor de fósforos, un corredor, un pobre, un soldado, todos formando un haz. Y pasan grupos de escolares, criados, generales, ministros, gente del pueblo, «toreros», damas; pobres vergonzantes que os piden limosna al oído para que nadie les vea; «Celestinas» que os miran con ojos maliciosos; sombreros que saludan, sonrisas, apretones de manos, frases alegres, voces de: «¡fuera!» á los mozos de cuerda, ó á los taberneros que atropellan con el barril á cuestas; gritos de vendedores de periódicos y de aguadores, campanileo de diligencias, toses de viejo, ruido de sables, punteos de guitarra y cantares de ciego. Luego pasan los regimientos con sus músicas, el Rey después; más tarde se riega la plaza con inmensos chorros de agua que se cruzan en el aire; y llegan los fijadores de los avisos teatrales, y los vendedores de «suplementos», y sale un ejército de empleados del Ministerio, y vuelven á pasar las bandas: se iluminan las tiendas, la muchedumbre se hace más compacta, se multiplican los codazos, y crece el vocerío, el estrépito y la algazara.

Y no es el rumor de un pueblo ocupado: es la vivacidad de gente dichosa, la alegría de un carnaval, el ocio inquieto, un torbellino, una fiebre de placer que os contagia, y allí os detiene ú os hace dar vueltas como unas devanaderas sin dejaros salir de la plaza; una curiosidad que no se satisface nunca, un ansia inmensa de no hacer nada, de no pensar en maldita de Dios la cosa, de oír chistes, de bromear, de reír. Tal es la famosa plaza llamada «Puerta del Sol».

Una hora pasada allí basta para conocer de vista, en sus varios aspectos, el pueblo de Madrid. El pueblo bajo viste como en nuestras grandes ciudades; los caballeros, hecha excepción de la capa que usan en invierno, se arreglan según la moda de París; y todos, del duque al escribano, del barbilampiño al viejo verde, limpios, atildados, con pomadas y cosméticos, siempre enguantados, cual si á todas horas acabaran de salir del tocador. Bajo este aspecto se parecen á los napolitanos; hermosos cabellos negros, barbas muy bien cuidadas, y manos y pies de mujer.

Es raro ver un sombrero hongo, pues casi todos son de copa alta. Bastones, leontinas, alfileres, dijes y bucles sobre la oreja, á millares. Las señoras visten también á la francesa, á no ser en ciertos días de fiesta. Las mujeres de la clase media usan todavía las mantillas. Pero los zapatos de raso, la «peineta», los colores vivos, el traje nacional, todo ha desaparecido. Con todo, siempre son aquellas las mismas mujeres con sus grandes ojos, con sus manos y pies de niño; de cabellos negros, más bien blancas que morenas, graciosas, esbeltas y vivarachas.

Para pasar revista al bello sexo madrileño, es necesario ir al «Prado», que es para Madrid lo que las «Cascine» para Florencia. El «Prado», propiamente dicho, es una ancha avenida, no muy larga, con otras más pequeñas á los lados, que se extiende al oriente de la ciudad, al lado del famoso jardín del «Buen Retiro», cerrado en ambos extremos por dos enormes fuentes, adornada la una

con una Cibeles colosal, en su carro tirado por caballos marinos, y la otra con un Neptuno de iguales proporciones, y ambas con bonitos juegos de agua que se cruzan y caen produciendo un grato murmullo.

Esta grande avenida, con innumerables sillas á ambos lados y centenares de mesas de refrescos, es la parte más frecuentada del «Prado», y la llaman Salón del Prado. Pero el paseo se prolonga hasta más allá de la fuente de Neptuno, y se encuentran nuevas avenidas, nuevas fuentes y otras estatuas; y por entre árboles y juegos de agua, se llega hasta la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, la famosa iglesia que la reina Isabel II colmó de donativos, después del atentado del 2 de Febrero de 1852, y en la cual el rey Amadeo vió el cadáver del general Prim.

Desde allí se abarca con la mirada el campo árido y desierto de los alrededores de Madrid, y las nevadas montañas del Guadarrama.

Si bien el Prado es el paseo más célebre, no es con todo, ni el más hermoso, ni el más grande de la villa. En la prolongación del «Salón», pasada la fuente de la Cibeles, se extiende como unas dos millas el paseo de Recoletos, á cuya derecha se levanta el vasto y alegre barrio de Salamanca, residencia de los ricos, de diputados y de poetas, y á la izquierda una cadena de pequeños palacios, de teatros y de edificios nuevos, pintados con vivos colores.

Y no es sólo un paseo: son diez, uno después de otro, y éste más hermoso que aquél, con grandes espacios para los carruajes y jinetes; vías para los que gustan de la gente y el bullicio, caminos para los solitarios; separados por altas vallas de mirto, bordeados y cortados por jardines y pequeños bosques, donde se elevan estatuas y fuentes, ó se cruzan senderos solitarios y misteriosos.

Los días festivos se goza allí un espectáculo encantador: de un extremo á otro del paseo se forman dos procesiones opuestas de gente, coches

y caballos. En el Prado apenas puede darse un paso: los jardines se ven invadidos por millares de niños; se oye la música de los teatros de tarde; por todas partes se escucha un murmullo de fuentes, un crujir de vestidos, una algarabía de chiquillos, un trotar de caballos, que no es posible describir. Y allí no existe sólo el movimiento, sino la alegría del paseo, el lujo, el ruido, el torbellino, el contento febril de una fiesta.

Durante aquellas horas la ciudad queda desierta. Al obscurecer, toda aquella muchedumbre se empuja hacia la calle de Alcalá, y entonces desde la fuente de la Cibeles hasta la «Puerta del Sol» sólo se ve un mar de cabezas, surcado por una fila de carruajes hasta donde alcanza la mirada.

Del mismo modo que por los paseos, es también Madrid, sin duda alguna, por sus teatros y espectáculos una de las primeras ciudades del mundo. Sin contar el teatro de la Ópera, que es muy grande y riquísimo; sin hablar de la Comedia, Zarzuela y Circo de Madrid, teatros todos de primer orden por su magnitud, elegancia y concurrencia; prescindiendo de todos éstos, digo, tiene infinidad de teatros secundarios para las compañías dramáticas y ecuestres, academias musicales y «vaudevilles», teatros todos con su bonita sala de espectáculos, sus palcos y galerías, nobles ó plebeyos, al alcance de todas las fortunas, para todos los gustos y á cualquier hora de la noche, y es de advertir que ni uno tan sólo deja de llenarse todos los días.

Existen además el Circo de gallos, la Plaza de toros, los bailes populares, los juegos. Cada día se ofrecen veinte espectáculos diversos desde el mediodía al amanecer.

El espectáculo de la ópera, que inspira al pueblo español una verdadera pasión, es siempre espléndido, no sólo en estación de Carnaval, sino en todas las estaciones. Cuando estuve en Madrid, cantaba la Fricci en el teatro de la «Zarzuela», y Stagno en el Circo, rodeados ambos de

artistas de mucho mérito, con excelentes orquestas y grandioso aparato.

Los más célebres cantantes desean darse á conocer en la capital de España, porque allí los artistas son festejados y queridos. Sólo su pasión por la música puede hacer olvidar su afición á los toros.

Hasta el teatro de la Comedia está en auge. Hartzenbusch, Bretón de los Herreros, Tamayo, Ventura de la Vega, Ayala, García Gutiérrez y otros muchísimos escritores dramáticos, muertos algunos, y en el extranjero otros, han enriquecido el teatro moderno con gran número de comedias, que si bien no tienen aquel profundo sello nacional que hizo inmortales las obras dramáticas del gran siglo de la literatura española, están, con todo, llenas de sabor, de sal y de buen gusto literario, siendo, sin género de duda, mucho más morales que las comedias francesas.

Al representarse las comedias modernas no se olvidan las antiguas. En los aniversarios de Lope de Vega, Calderón, Moreto, Tirso de Molina, Alarcón, Francisco de Rojas, y las demás lumbreras del teatro español, se representan sus obras con pompa inusitada.

Los actores, no obstante, no acaban de gustar á los autores: tienen los mismos defectos que los nuestros; sus gestos, gritos y sollozos nunca son naturales; pero hay quien prefiere á los nuestros todavía, porque encuentran en ellos más variedad de cadencias y acentos.

A más del drama y la comedia se representa aún un arreglo dramático, esencialmente español, el «sainete», en el cual fué gran maestro Ramón de la Cruz. Es una especie de farsa, que por lo común retrata costumbres andaluzas, con personajes del campo y del vulgo. Los actores imitan el modo de vestir, el acento y los modales de esa clase de gente de una manera admirable.

Las comedias se hallan todas impresas, y son leídas con avidez hasta por la gente del pueblo. Los nombres de los escritores son muy popula-

CAPILLA ALFONSO X

res, y la literatura dramática sigue siendo, como antes, la más conocida y la más rica.

Tienen también los españoles mucha afición á la «zarzuela», que por lo común se representa en el teatro que lleva su nombre. Viene á ser una composición intermedia entre la comedia y el melodrama, entre la ópera y el «vaudeville», con una agradable alternativa de prosa y verso, de recitado y de canto, de serio y bufo, composición esencialmente española y muy entretenida.

En otros teatros se representan comedias políticas, mixtas de canto y prosa, del género de las revistas de Scalvini; farsas satíricas con argumentos del día; una especie de «autos sacramentales», con escenas de la Pasión de Jesucristo, en la Semana Santa; y por último, danzas, bailes y pantomimas de todo género.

En los teatros pequeños se dan cada noche tres ó cuatro representaciones, que duran una hora cada una, y los espectadores se renuevan en cada representación.

En el teatro de «Capellanes», ya famoso, se baila todas las noches un «cancán» escandaloso y obsceno sobre toda ponderación, y allá acuden los jóvenes, las mujeres de vida airada, los viejos libertinos de arrugada nariz, armados de lentes, antiparras, gemelos y cuantos instrumentos ópticos sean buenos para aproximar las formas que se muestran en el palco escénico.

A la salida de los teatros se encuentran llenos todos los cafés, iluminada la ciudad, y llenas las calles de carruajes como á la caída de la tarde.

La verdad es que en un país extraño, cuando uno sale del teatro, se encuentra un poco de mal humor; ¡se han visto tantas hermosas criaturas, y ninguna se dignó mirar al infeliz extranjero!

Pero un italiano en Madrid tiene un consuelo. Se ponen casi siempre óperas italianas, y se cantan en italiano; así es que, al volver á casa, oís tararear con palabras de vuestra propia lengua, las arias que os son más familiares desde la infancia; y por aquí oís un *palpito*, por allí un *fiero*

genitor, una *tremenda vendetta* más lejos, y aquellas palabras os producen el mismo efecto que saludos de gente amiga. Pero antes de llegar á casa ¡cuántos escollos debéis evitar! Allí se da la palma á París, y no dudo que la merece; pero no le va Madrid en zaga; ¡qué atrevimiento, y qué palabras de fuego, y qué provocaciones imperiosas!

Por último, llegáis ante la puerta de vuestra casa; pero no tenéis la llave.

—No se apure por tan poco—os dice el primer transeunte que encontráis;—¿ve usted á lo último de la calle aquella linterna? Pues el hombre que la lleva es el «sereno», y los «serenos» tienen las llaves de todas las casas.

Entonces gritáis con voz muy fuerte:

—¡Serenos!

Y la linterna se aproxima, y un hombre, con un mazo de llaves entre las manos, os dirige una mirada investigadora, os abre la puerta, os alumbra hasta el primer piso, y os da las buenas noches.

Y de este modo, por una peseta al mes, quedáis libre de la incomodidad de llevar en el bolsillo la llave de vuestra casa.

El «sereno» es un empleado del Ayuntamiento, que nombra uno por calle; cada cual de ellos tiene un pito, y si se pega fuego en vuestra casa, ó los ladrones hacen saltar la cerradura de la puerta, no hacéis más que salir al balcón, y gritar: —¡Serenos! ¡Socorro!—El sereno que está en la calle hace sonar el pito, y á los pocos minutos, todos los serenos del barrio corren á vuestra ayuda. A cualquiera hora de la noche en que desesperéis, oís la voz del sereno que os la anuncia, añadiendo si hace buen tiempo, si llueve ó si está nublado.

¡Cuántas cosas sabe, y cuántas calla ese nocturno centinela! ¡Cuántos callados despidos amorosos escucha! ¡Cuántas cartas ve caer de las ventanas! ¡Y cuántas llaves saltar sobre el empedrado! ¡Y cuántas manos gesticular con misterio! ¡Y

cuántos amantes embozados hasta los ojos penetrar en los oscuros portales! ¡Y las iluminadas ventanas obscurecerse por un momento! ¡Y los negros fantasmas disiparse, á lo largo de las paredes, al primer resplandor del alba!

Pero ahora advierto que sólo he hablado de teatros, cuando en Madrid hay conciertos casi todos los días; conciertos en los teatros, conciertos en las salas académicas, conciertos en las calles, y á más, una turba de músicos ambulantes que os dan jaqueca á todas horas. Y después de todo esto, justo es preguntar cómo un pueblo tan pagado de la música, que le es tan necesaria, casi me atrevo á decir, como el aire que respira, no ha dado al arte musical algún gran maestro. A los españoles les mortifica esta idea de una manera horrible.

Sería necesario emborronar mucho papel para describir los grandes barrios de Madrid, las puertas, los paseos fuera de la villa, las plazas y calles históricas; y el que no quisiera olvidar nada, no podría dejarse en el tintero los espléndidos cafés, el «Imperial», en la «Puerta del Sol»; «Fornos» en la calle de Alcalá, dos hermosísimas salas, en las cuales, quitadas las mesas, podrían hacer el ejercicio dos escuadrones de caballería; y otros muchos, innumerables, que se encuentran á cada paso, y en los cuales bailarían cómodamente más de cien parejas; las tiendas espaciosas que ocupan toda la planta baja de los edificios, entre los cuales cabe citar en primer término los almacenes de cigarros habanos, sitios donde se dan cita los señoritos, llenos de cigarros pequeños, grandes, enormes, redondos, aplastados, puntiagudos, arqueados, culebrinas de todas formas, de todos sabores y de todos precios, para contentar la más loca fantasía de los fumadores, y embriagar á la más populosa ciudad; los espaciosos mercados, cuarteles, Palacio Real, en el cual podrían esconderse el Quirinal y el Pitti, sin temor de ser encontrados; la gran calle de Atocha, que atraviesa la ciudad, el inmenso jardín del

«Buen Retiro», con su gran lago, sus colinas con hermosos kioscos, y su multitud de aves de paso... Pero lo que merece especial atención son los museos de armas, de pintura y de marina, á cada uno de los cuales se podría dedicar un volumen.

*

La armería de Madrid es una de las más bellas del mundo. Al entrar en la vastísima sala os da un vuelco el corazón y os quedáis inmóviles. Un ejército entero de caballeros cubiertos de hierro de los pies á la cabeza, con la mano en la empuñadura de la espada y lanza en ristre, deslumbrador y formidable, se lanza á vuestro encuentro, como una legión de espectros. Es un ejército de emperadores, de reyes, de duques, encerrados en las más espléndidas armaduras que hayan salido nunca de la mano del hombre, sobre las cuales dieciocho grandes ventanales arrojan un torrente de luz que al quebrarse en un ruido de acero produce mil chispas, rayos y reflejos deslumbradores.

Las paredes están cubiertas de corazas, yelmos, arcos, fusiles, espadas, alabardas, lanzas de torneo, mosquetes enormes, picas gigantes que llegan hasta el techo. Y de los arcos cuelgan banderas de todos los ejércitos del mundo, trofeos de Lepanto, de San Quintín, de la guerra de la Independencia, de Africa, de Cuba, de Méjico; en todas partes una inmensa profusión de insignias gloriosas, de armas ilustres, de maravillosos trabajos de arte, de efigies, emblemas y nombres inmortales.

No sabe la admiración por dónde empezar á despertarse; por de pronto se corre de un lado al otro, mirándolo todo y no viendo nada, y uno se cansa antes de haber principiado. En la mitad de la sala se encuentran las armaduras ecuestres; caballos y caballeros dispuestos en fila, tres á tres, dos á dos, colocados en una misma dirección, como un escuadrón en columna; y se dis-

tinguen á primera vista, entre las otras, las armaduras de Felipe II, de Carlos V, de Manuel Filiberto, de Cristóbal Colón. Aquí y allí sobre pedestales, cascos, morriones, yelmos, rodela pertenecientes á los reyes de Aragón, Castilla y Navarra, con magníficas incrustaciones de plata, que representan batallas, escenas mitológicas, figuras simbólicas, trofeos y dibujos, algunos de inestimable valor, por ser obra de los más distinguidos artistas de Europa; otros de forma extraña, sobrecargados de adornos, con cimera, viseras y penachos colosales. También se ven pequeños cascos y diminutas corazas de infantes reales, como espadas y escudos, regalos de papas y reyes.

Entre las armaduras ecuestres se ven estatuas con fantásticas vestiduras americanas, africanas y chinas, adornadas de plumas y cascabeles, con arcos y carcajes; espantosas máscaras guerreras y trajes de mandarines de tisú de oro y seda.

A lo largo de las paredes, otras muchas armaduras; la del marqués de Pescara, la del poeta Garcilaso de la Vega, la del marqués de Santa Cruz, la gigantesca de Juan Federico «el Magnánimo», duque de Sajonia; y entre unas y otras, banderas árabes, persas, moriscas, hechas casi girones.

Y en los escaparates, una serie de espadas. Al averiguar los nombres de los que las usaron, os sentís estremecer: la espada del príncipe de Condé, la de Isabel «la Católica», la de Felipe II, la de Hernán Cortés, la del conde-duque de Olivares, la de don Juan de Austria, la de Gonzalo de Córdoba, la de Pizarro, del Cid, y un poco más allá, el casco del rey Boabdil de Granada, la rodela de Francisco I, la silla de campaña de Carlos V.

A un lado de la sala se ven los trofeos de los ejércitos otomanos, pequeños cascos cubiertos de pedrería, espuelas, dorados estribos, collares de esclavos, puñales, cimitarras con vainas de terciopelo, adornadas de oro y perlas; los despojos de Ali Basciá, muerto sobre la galera capitana

en la batalla de Lepanto, con su túnica de brocado de oro y plata, su cinturón y su broquel; los despojos del hijo de aquél y las banderas que ondeaban en las galeras.

En un ángulo de la misma pieza, coronas votivas, cruces y collares de los príncipes godos. En otro departamento, los objetos tomados á los indios de Mariveles, á los moros de Cagayán y Mindanao y á los salvajes de las más remotas islas de la Oceanía. Collares de conchas, pipas, ídolos de madera, flautas de caña, adornos hechos con patas de insectos, abrigos de hojas de palmera, hojas escritas que servían de salvo-conducto, flechas envenenadas, hachas de verdugo. Y á donde quiera que dirigís la mirada, sillas reales, cotas de malla, culebrinas, tambores históricos, tahalíes, inscripciones, recuerdos é imágenes de todas las edades y de todos los países, desde la derrota de los godos hasta la batalla de Tetuán, desde Méjico á la China, un emporio de tesoros y de obras, de los cuales uno se aleja aturrido y confuso, para volver después en sí como de un sueño con la memoria fatigada y perpleja.

Si algún día un gran poeta italiano quiere cantar el descubrimiento del Nuevo Mundo, en ningún sitio podrá buscar más potente inspiración que en el Museo Naval de Madrid, porque en lugar alguno se siente más profundamente el aura virgen de la América salvaje y la presencia misteriosa de Colón. Hay una sala llamada «Gabinete de los descubridores»; el poeta, al entrar, si tiene realmente alma de poeta, se ha de quitar el sombrero con veneración.

En cualquier punto de la sala donde se fijen los ojos, se ve una imagen que hace palpar el pecho. Allí no se encuentra uno en Europa, ni en este siglo: se encuentra en la América del siglo xv, se respira aquel aire, se ven aquellos lugares, se vive aquella vida.

En el centro hay otro trofeo de armas, tomadas á los indígenas de la tierra descubierta: escudos revestidos con pieles de fieras, dardos de caña

con la punta emponzoñada, sables de madera dentro de vainas de mimbre, con las empuñaduras adornadas de crines y cabellos, cayendo en grandes guedejas; mazas, hachas, grandes espadas dentadas á modo de sierra, cetros informes, carcajes de gigantes, vestidos de piel de mono, dagas de reyes y verdugos, armas de los salvajes de Cuba, de Méjico, de la Nueva Caledonia, de la Carolina, de las más remotas islas del Pacífico, negras, extrañas, horribles, que dejan en la fantasía visiones confusas de luchas terribles en la obscuridad misteriosa de los bosques vírgenes, entre los interminables laberintos de árboles desconocidos.

Y en torno de esos despojos de un mundo salvaje, la imagen y la memoria de los vencedores: aquí el retrato de Colón, allá el de Pizarro, más lejos el de Hernán Cortés; en una parte, el mapa de América, trazado por Juan de la Cosa, en el segundo viaje del genovés, sobre una ancha tela llena de figuras, de colores, de signos, que debían servir para dirigir las expediciones al interior de aquellas tierras; junto al mapa, un pedazo del árbol bajo el cual descansó el conquistador de Méjico en la famosa «noche triste», después de haberse abierto paso á través del formidable ejército que le esperaba en el valle de Otumba; un vaso hecho con madera del árbol junto al cual murió el célebre capitán Cook; imitaciones de barcos, piraguas y almadías que usaban los salvajes; una corona de retratos de navegantes ilustres, y en la parte del centro, un gran cuadro que representa las tres naves de Cristóbal Colón, la «Niña», la «Pinta» y la «Santa María», en el momento en que descubren la tierra americana, y todos los marineros, de pie sobre la popa, saludan al Nuevo Mundo y dan gracias á Dios.

¡No hay palabras que expresen la sensación que se experimenta á la vista de aquel espectáculo, ni lágrima que valga la que os tiembla entonces en los ojos, ni alma humana que en aquel momento no se sienta más grande!

Las demás salas, que son diez, se hallan com-

la anterior, llenas de objetos preciosos. En la sala contigua al «Gabinete de los descubridores», se hallan recogidos los recuerdos del combate de Trafalgar; el cuadro de la Santísima Trinidad, que se hallaba en el camarote de popa de la «Real Trinidad», y que fué sacado por los ingleses pocos minutos antes de que el buque se hundiera; el sombrero y espada de Federico Gravina, almirante de la flota española, que murió en aquella jornada; un modelo grande y completo de la nave «Santa Ana», una de las pocas que se salvaron de la batalla; banderas, retratos de almirantes y cuadros representando episodios de aquella lucha terrible. Y junto á los recuerdos de Trafalgar, otros muchos que no hablan al alma menos poderosamente, como un cáliz hecho de la madera del árbol llamado «Ceiba», á cuya sombra se celebró la primera misa en la Habana el día 19 de Marzo de 1519; el bastón del capitán Cook; ídolos salvajes, buriles de piedra con los cuales los indios esculpían sus ídolos antes del descubrimiento de la isla.

Y después de ésta, otra gran sala, en la cual uno se encuentra entre una flota de galeras, carabelas, faluchos, bergantines, corbetas, fragatas, naves de todos los mares y de todos los siglos, armadas, aparejadas, aprovisionadas, tal que no parece sino que esperan que se levante el viento para levar anclas, y lanzarse por esos mundos á través de los mares.

Y en las demás salas, un tropel de máquinas, aparatos y armas navales; cuadros representando todas las empresas marítimas del pueblo español: retratos de navegantes, marinos, almirantes; trofeos de Asia, América, Africa, Oceanía, juntos y amontonados, de tal modo, que se han de mirar corriendo, porque no quedaría tiempo de verlos todos antes de la noche. Al salir del Museo Naval se le figura á uno que regresa de un viaje alrededor del globo; ¡tanto se ha visto en aquellas pocas horas!



También existen en Madrid un gran Museo de artillería, un hermoso Museo arqueológico, otro de Historia natural y otras mil cosas dignas de ser vistas; pero cuya descripción es necesario pasar por alto para poder hablar del maravilloso Museo de pintura.

El día en que se entra por la vez primera en un Museo como el de Madrid, constituye una fecha histórica en la vida del hombre. Es un acontecimiento importante, como el matrimonio, el nacimiento de un hijo, la toma de posesión de una herencia, y sus efectos se experimentan hasta la muerte.

Porque Museos como los de Madrid, Florencia y Roma, son un mundo. Un día pasado entre aquellas paredes, es un año de vida; pero de vida agitada por todas las pasiones de la vida real: el amor, la religión, el delirio por la patria, la ardiente sed de gloria; un año de vida por lo que se goza, por lo que se aprende, por lo que se piensa, por los recuerdos que se cosechan para el porvenir; un año de vida equivalente á muchos, durante los cuales se hayan leído mil volúmenes, experimentado mil sensaciones diversas, corrido mil aventuras.

Tales ideas se agitaban en mi mente cuando con rápido paso me dirigía al Museo de pintura, situado á la izquierda del Prado, para el que venga de la calle de Alcalá. Era tanto el placer que sentía, que al llegar á la puerta me detuve, y me dije:

—¡Vamos á cuentas! ¿Qué has hecho en tu vida para merecer el honor de penetrar en este recinto? ¡Nada! Pues bien; el día en que te suceda una desgracia, inclina la cabeza y considera saldada la partida.

Entré, y sin advertirlo me quité el sombrero; el corazón me palpitaba precipitadamente, y un ligero temblor agitaba todos mis miembros.

En la primera sala sólo hay algunos cuadros de Luca Giordano. Seguí adelante. En la segunda *cominciai á non esser più io*, y en vez de detenerme á mirar cuadro por cuadro, di la vuelta al Museo casi corriendo. En la segunda sala se encuentran los lienzos de Goya, el último de los grandes pintores españoles; en la tercera, grande como una plaza, se encuentran las obras de los primeros maestros.

Al entrar os encontraréis, á un lado, la «Virgen de Murillo», y veis en otro «Los Santos», de Ribera; un poco más lejos los retratos de Velázquez; en el centro de la sala los cuadros de Rafael, de Miguel Angel, de Andrea del Sarto; en el fondo Ticiano, Tintoretto, Pablo Veronés, Correggio, Domenichino, Guido Reni. Volvéis atrás, y entráis en una gran sala de la derecha; veis en el fondo más cuadros de Rafael, y á ambos lados Velázquez, Ticiano, Ribera; junto á la puerta Rubens, Van Dick, Fray Angélico, Murillo.

En otra sala la escuela francesa: Poussin, Dugues, Lorrain; en otras dos grandísimas, las paredes se hallan cubiertas de lienzos de Breughel, Theniers, Jordaens, Rubens, Dürer, Schoen, Mengs, Rembrandt, Bosch; en otras tres no menos grandes, cuadros en profusión de Juan de Juanes, Carvajal, Herrera, Luca Giordano, Carducci, Salvador Rosa, Menéndez, Cano, Ribera.

Durante una hora andáis de un lado á otro sin haber visto nada, porque en aquella batalla interna que os agita, las obras maestras luchan disputándose vuestra atención. «La Concepción», de Murillo, cubre de un torrente de luz el «Martirio de San Bartolomé», de Ribera; el «San Jaime», de Ribera, ofusca el «San Sebastián», de Juan de Juanes; el «Pasma de Sicilia», de Rafael, hace que queden ofuscados los cuadros que le rodean; los «Borrachos», de Velázquez, lanzan sobre las caras de los príncipes y santos que están á su alrededor un rayo de báquica alegría; Rubens aterra á Van Dick; Pablo Veronés sobrepuja á Tiépolo; Goya aplasta á Madrazo. Los vencidos se